

Jani quiere pensar que la perra va a estar bien. Que si su padre lo dice, la Daisy va a estar bien. ¿Qué le va a pasar en unos días?, ha dicho el padre. La vecina le va a dar comida, la va a llevar a la plaza. Dile chao y ayúdame con las maletas. Y Jani se despide de la perra, dame la patita, y sube con su padre a la citroneta. Por primera vez viajan juntos, solos. Es una madrugada de diciembre de 1975. Una telaraña azul, el cielo, cuando el padre y la hija enfilan por la Panamericana Norte hacia Los Andes y luego los Caracoles y el Cristo Redentor y San Luis y la pampa demasiado quieta y alguna bandada de pájaros de repente y bien al final Campana, el pueblo donde vivieron sus padres hasta que se trasladaron a Chile; ese lugar con olor a caucho donde hoy sigue viviendo la hermana menor de su madre, la tía Bettina. Y no sólo viviendo, sino trayendo al mundo a una criatura que es la primera y única prima de Jani, qué acontecimiento. Por eso viajan en diciembre el padre y la hija, apurados, una semana como mucho. Y también porque a la vuelta Jani se irá con Milena, su madre, al sur. Solas al sur. Ah, pero su padre le ha pedido que por favor, hija, no la mencione en Campana.

Y Jani no menciona a su madre, pero la recuerda.

Recuerda, por ejemplo, lo último que le escuchó